

Apuntes sobre el *¿Qué hacer?* de Lenin: Preguntas, problemas y estrategias

por Gastón Ángel Varesi*



Introducción

El *¿Qué hacer?* (QH) de Lenin es una obra que surge de una pregunta y no deja de abrir nuevas preguntas que atraviesan la historia y resurgen en nuevos contextos y nuevos territorios. Emergen interrogantes en diálogo con las épocas y los sujetos que los retoman para motivar una reflexión siempre ligada a la acción transformadora y a cómo trazar las estrategias adecuadas hacia un horizonte de emancipación social.

El QH remite a la táctica que, en los primeros años del siglo XX, desarrollaba el grupo Iskra conducido por el propio Lenin, haciendo foco en materia de organización y destacando los motivos políticos e ideológicos de las discrepancias con otros sectores de la social democracia, a partir de los debates que atravesaban a los círculos socialdemócratas en el extranjero. Debe tenerse en cuenta que la socialdemo-

cracia era el principal partido que, en aquel momento, encarnaba el proyecto socialista, tanto a nivel nacional como internacional, y que se encontraba en Rusia con un alto grado de dispersión, con dificultades severas para hacer síntesis de distintas concepciones que iban desde el plano teórico hasta los aspectos prácticos de la acción política. El QH es una obra situada, en un momento particular del proceso de formación de la socialdemocracia rusa, por lo que luego Lenin se encarga de señalar que el principal error que cometen los lectores es separar el texto del contexto histórico: «separan por completo este trabajo de determinadas condiciones históricas, de un período determinado de desarrollo de nuestro Partido, período que ya hace tiempo pertenece al pasado» (2019:76). Esto puede servir para pensar la mayor parte de los trabajos de Lenin, ver la particularidad de su intervención política en el contexto concreto, per-

siguiendo objetivos determinados, lo cual no inhabilita el intento de captar en ella elementos cuya validez trascienden dicha coyuntura y son factibles de ser recreados en nuevos contextos, teniendo los cuidados y reparos necesarios.

Al mismo tiempo, una de las potencias del QH se encuentra en las preguntas que formula y que siguen resonando a lo largo de la historia, las cuales remiten a problemas que atraviesan a las organizaciones políticas, en particular a las que tienen aspiraciones revolucionarias. Por ello, en el presente trabajo delinearemos apuntes que hacen a la síntesis para un estudio introductorio al QH pero sobre todo que procuran poner de relieve los interrogantes que pueden desprenderse del mismo para indagar, reflexionar y trazar líneas de acción en relación a los principales nudos en materia política, formativa y organizativa que pueden desprenderse de esta legendaria obra leninista.

* Doctor en Ciencias Sociales, Investigador adjunto del CONICET, Profesor de grado y posgrado de la Universidad Nacional de La Plata, Coordinador del CEFMA-La Plata, miembro de la Asociación Gramsci Argentina. Contacto: gastonvaresi@hotmail.com, <https://orcid.org/0000-0002-9733-647X>

Problemas y estrategias

Lenin identifica tres problemas centrales que retoma del folleto «Por dónde empezar» de Iskra y que quiere ampliar en el QH: los problemas acerca del carácter y contenido principal de la agitación política, las tareas de organización, y la necesidad de crear una organización combativa a escala de toda la nación. Esto lo llevó a establecer una diferenciación entre la política tradeunionista y la socialdemócrata, a una exposición de los conceptos sobre las tareas de organización, en una diferenciación sobre los métodos primitivos de trabajo, en crítica al economicismo, y la indispensable organización de los revolucionarios, insistiendo luego en un plan para crear un periódico que llegara a todo el país.

En este trayecto, Lenin muestra una vinculación indisoluble entre las dos preguntas rectoras del texto, ya que ¿por dónde empezar? lleva inmediatamente al ¿qué hacer? y a desentrañar lo que esto involucra.

«La pregunta «¿qué hacer?», se plantea con particular insistencia en estos últimos años, ante los socialdemócratas rusos. No se trata de escoger un camino (como a fines de la década del '80 y a principios de la del '90), sino de saber qué pasos prácticos debemos dar en un camino determinado y cómo debemos darlo. Se trata de un sistema y de un plan de actividad práctica.» (2019:89)

El desafío para quien lea el QH es entonces cómo aproximarse a un trabajo que tiene como principal objetivo postular una guía de acción en un contexto histórico particular para el desarrollo de una fuerza política y su estrategia re-

volucionaria, cómo recuperar de él elementos para problematizar un presente distante en una región igualmente lejana. Pero hay objetivos claves del QH que, a pesar de las distancias, resuenan una y otra vez: cómo alcanzar la unidad ideológica y la unidad de acción de una fuerza política. La respuesta que va a dar Lenin es identificar una estrategia de batalla política e ideológica con el formato adecuado a su tiempo que lograra articular ideas y acciones en un vasto territorio como el ruso, para superar la dispersión, y vincular las acciones en la escala local dándoles una potencia nacional, para lo que va a proponer, finalmente, la elaboración de un periódico para toda la nación.

Pero los problemas y estrategias del QH son percibidos desde una concepción, donde el rol de la teoría y de la práctica, del elemento espontáneo y del consciente, el de la lucha económica y el de la lucha política, el de la militancia y sus características, ponen de manifiesto aspectos profundos del legado del pensamiento leninista en los que es necesario reparar y cuyas preguntas marcan el ritmo de su vigencia.

Tendencias en disputa y el rol de la teoría revolucionaria

Lenin comienza indagando en las tendencias que se encontraban disputando la hegemonía en la socialdemocracia internacional, señalando el desarrollo de una nueva línea «crítica» frente al marxismo (de Bernstein y compañía), la cual implicaba «la exigencia de que la socialdemocracia revolucionaria diese un viraje decisivo hacia el socialreformismo burgués, iba acompañada de

un viraje no menos decisivo hacia la crítica burguesa de todas las ideas fundamentales del marxismo» (2019:102). Esto se debe a que los postulados de Bernstein partían de una crítica al marxismo para sembrar una mirada revisionista que se enfocaba en lograr reformas combinando acción sindical y acción política parlamentaria, rechazando la vía de la revolución social.

Luego, Lenin sitúa este debate en la escala nacional, caracterizando a Rusia como «un país autocrático, con una prensa completamente sojuzgada, en una época de terrible reacción política, en que eran perseguidos los más mínimos brotes de descontento político y de protesta» (2019:110-111), y aborda la introducción del marxismo en dicho contexto y periodiza sus distintas etapas. Refiere a las primeras alianzas entre grupos marxistas y cómo lograron construir su triunfo sobre la corriente del populismo ruso. Esto abrió lugar a una nueva coyuntura, donde la tarea que Lenin visualizaba era derrotar a la tendencia del «economismo» dentro de la socialdemocracia, tendencia que limitaba la lucha obrera a la lucha económica y generaba desviaciones liberales en el plano de la lucha ideológica y política. De aquí también podemos extraer nuevos interrogantes: ¿cómo periodizar y caracterizar el desarrollo de las fuerzas revolucionarias y del campo popular a nivel internacional y nacional? ¿cómo se da la relación entre las fuerzas marxistas y las fuerzas populistas? ¿cuáles son las principales tendencias en disputa en el marxismo?

Lenin plantea el problema de que la ampliación del marxismo había llevado a un relajamiento teórico. En ese camino, rescata el rol de Marx en el Programa de Gotha¹ para

¹El desarrollo de estas ideas puede encontrarse en Marx (1977).

hablar de la articulación de teoría y práctica y su directiva en defensa de los principios teóricos del movimiento: «ya que hace falta unirse —escribía Marx a los dirigentes del Partido— pactad acuerdos para alcanzar los objetivos prácticos del movimiento pero no trafiquéis con los principios, no hagáis «concesiones» teóricas» (Lenin, 2019:119). Esta perspectiva marca la combinación entre el pragmatismo necesario para la acción política, la construcción de acuerdos con diversas fuerzas, pero al mismo tiempo la necesidad de firmeza ideológica, sin declinar principios ni proyecto.

Asimismo, Lenin resalta el carácter internacional del movimiento socialdemócrata, señalando la necesidad de conocer las diversas experiencias, pero también de asumir una actitud crítica frente a las mismas sin caer simplemente en una copia de las ellas. Para ello, y para desarrollar tareas que no han sido planteadas previamente para el movimiento revolucionario en otras partes del mundo, Lenin sostiene que «*sólo un partido dirigido por una teoría de vanguardia puede cumplir la misión de combatiente de vanguardia*» (2019:120). Esto implica que Lenin no ve a la teoría gestada por Marx y Engels como un pensamiento muerto, sino que debe ser revitalizado a partir de los nuevos problemas que atraviesa el proceso revolucionario, sin declinar los principios fundamentales, pero sin temor a construir nuevos aportes, como el propio Lenin hiciera en su época para alumbrar los nuevos fenómenos, las particularidades nacionales y trazar las estrategias adecuadas para un movimiento político que siempre actúa de forma situada en un tiempo y un espacio singular. Por eso, Lenin se planta frente a las tendencias que desprecian la batalla de ideas y cita a Engels (1875) cuando plantea que no sólo existen dos formas de lucha, la económica y la política, sino tres, in-

cluyendo la lucha teórica. Es entonces que Lenin remarca la importancia de la lucha teórica y produce su célebre frase: «Sin teoría revolucionaria, no puede haber tampoco movimiento revolucionario» (2019:119). La reflexión crítica sobre la realidad internacional y nacional, a partir de la incorporación consciente de la teoría revolucionaria sigue siendo indispensable para poder trazar las estrategias adecuadas para la transformación de las realidades que se analizan, de lo cual se desprenden algunas preguntas ineludibles: ¿cuál es el grado de formación de nuestra fuerza política? ¿cuáles son las estrategias y planes educativos que necesita la militancia revolucionaria para avanzar?

Espontaneidad, conciencia, lucha económica y lucha política

Otro capítulo clave del QH refiere a la reflexión que Lenin realiza sobre la espontaneidad de las masas y la conciencia de la socialdemocracia. Lenin sostiene que «el «elemento espontáneo» no es sino la forma embrionaria de lo consciente»(2019:126). Pero va a plantear que el desarrollo espontáneo de la conciencia librado a sí mismo, tiene límites y que difícilmente pueda sobrepasar la lucha económica, reivindicativa, y que la construcción de una conciencia revolucionaria requiere de otro tipo de trabajo, ya que en aquellas condiciones históricas «los obreros no podían tener conciencia socialdemócrata. Esta sólo podía ser introducida desde fuera» (2019:127). Esto se debe a que la doctrina del socialismo había surgido de teorías filosóficas, históricas y económicas que habían sido elaboradas por intelectuales cuya posición social provenía originalmente de las clases poseedoras.

En ese sentido, Lenin señala que en Rusia la doctrina socialdemócrata

había surgido independientemente del crecimiento espontáneo del movimiento obrero, como resultado del pensamiento entre los intelectuales revolucionarios: «De modo que existían tanto el despertar espontáneo de las masas obreras, el despertar a la vida consciente y a la lucha consciente, como una juventud revolucionaria que, armada de la teoría socialdemócrata, tendía con todas sus fuerzas hacia los obreros» (2019:128).

Lenin critica el culto a la espontaneidad, tanto en términos de la acción como a quienes plantean que la lucha en el plano económico podría derivar de forma igualmente espontánea en una conciencia proletaria de carácter socialista. Frente a esto afirma la importancia de la batalla ideológica, recuperando de Kautsky (1901-1902) que «La conciencia socialista moderna puede surgir únicamente sobre la base de un profundo conocimiento científico.» (2019:136). Citando nuevamente a Kautsky, Lenin plantea que la tarea del militante revolucionario es «infundir al proletariado la conciencia de su situación [literalmente: llenar al proletariado de ella] y de su misión. No habría necesidad de hacerlo, si esta conciencia derivara automáticamente de la lucha de clases» (2019:136).

Todo culto a la espontaneidad implica entonces rebajar la conciencia del proletariado hacia una subordinación de la ideología burguesa, porque de hecho para Lenin el desarrollo espontáneo de la lucha del movimiento obrero, limitado a su aspecto económico, tiende a hacia esa subordinación. Lenin analiza esta tendencia:

«¿por qué el movimiento espontáneo, el movimiento por la línea de la menor resistencia, conduce precisamente a la supremacía de la ideología burguesa? Por la sencilla razón de que la ideología burguesa es mucho más antigua por

su origen que la ideología socialista, porque su elaboración es más completa; porque posee medios de difusión incomparablemente más poderosos» (2019:139).

Por ello, el rol del militante debe ser dar la batalla política e ideológica contra economismo (es decir, la limitación de la acción política a la acción reivindicativa en un frente de masas) para traer al proletariado hacia el socialismo revolucionario, lo cual requiere una mirada política integral.

Sin embargo, Lenin no rechaza la importancia del movimiento espontáneo de las masas, lo que critica es hacer un culto del mismo, planteando que la militancia revolucionaria debe actuar sobre esa espontaneidad, darle cauce organizativo e ideológico, y dotarlo de un programa transformador. Lenin critica la política tradeunionista por quedar limitada a la lucha económica por mejoras en las condiciones de venta de la fuerza de trabajo y la contraponer a la política socialista:

«La socialdemocracia dirige la lucha de la clase obrera no sólo para obtener condiciones ventajosas de venta de la fuerza de trabajo, sino para que sea destruido el régimen social que obliga a los desposeídos a vender su fuerza de trabajo a los ricos. La socialdemocracia representa a la clase obrera no sólo en su relación con un grupo determinado de patronos, sino en sus relaciones con todas las clases de la sociedad contemporánea, con el Estado como fuerza política organizada» (2019:154).

Por ello la acción no puede circunscribirse a la lucha sindical en términos económicos, sino que se

debe emprender una «labor de educación política de la clase obrera, de desarrollo de su conciencia política» (2019:154). Asimismo, Lenin no desprecia la relevancia de la lucha reivindicativa y la conquista de reformas sociales:

«La socialdemocracia revolucionaria siempre ha incluido y sigue incluyendo en la órbita de sus actividades la lucha por las reformas. Pero utiliza la agitación «económica» no sólo para reclamar del gobierno toda clase de medidas, sino también (y en primer término) para exigir que deje de ser un gobierno autocrático. Además, considera su deber presentar al gobierno esta exigencia no sólo sobre el terreno de la lucha económica, sino también sobre el terreno de todas las manifestaciones en general de la vida social y política. En una palabra, como la parte al todo, subordina la lucha por las reformas a la lucha revolucionaria por la libertad y el socialismo» (2019:160).

En esta mirada, la política cumple un rol integral, conforma al proyecto de sociedad en un todo, porque justamente conlleva la síntesis de las múltiples dimensiones, espacios y acciones del proceso emancipador, al tiempo que dota de sentido dichas parcialidades.

Así, Lenin rescata la relevancia de las denuncias políticas pero éstas deben organizarse no sólo sobre el terreno económico sino extendiéndolas, a través de una campaña de agitación, sobre todos los terrenos, conformando una conciencia verdaderamente política, lo cual requiere que los trabajadores se hagan «eco de todos los casos de arbitrariedad y opresión, de violencias y abusos de toda especie, cualesquiera que sean las clases

afectadas; a hacerse eco, además, precisamente desde el punto de vista socialdemócrata, y no desde ningún otro» (2019:167). Esto puede vincularse con la construcción de *hegemonía*, concepto que luego recupera y desarrolla Gramsci (2017), en el sentido de conformar una visión del mundo a partir de los intereses estratégicos del propio grupo social, que va gestando una batalla ideológica al tiempo que se convierte en fuerza política dando lugar a un proceso de universalización que le permita fundar un nuevo Estado².

En ese camino, Lenin señala que hay que organizar campañas que lleguen a todo el pueblo, «Las palabras «a todo el pueblo» encierran un gran contenido» (2019:187), ya que para ser vanguardia es necesario atraer a otras clases. Así, deja entrever a la clase obrera como centro del pueblo, construyendo su hegemonía a partir de la universalización de su visión socialista del mundo, articulando las demandas propias con, incluso, las de otras clases en un programa de transformación.

Pero la batalla ideológica no puede triunfar sin fuerza organizada, y dicha fuerza requiere de forjar sujetos conscientes, desarrollando aptitudes y características claves en su militancia: «No se puede llamar a la masa a una acción (...) más que en el lugar mismo de la acción; ni se puede exhortar a la acción a los demás sin dar el ejemplo uno mismo y en el acto» (2019:170).

Lenin propone entonces una perspectiva de totalidad que reconoce como factor indispensable para la construcción de conciencia de clase a nivel político:

«La conciencia política de clase no se le puede aportar al obrero

² Para un análisis de la teoría gramsciana de la hegemonía ver Varesi (2015; 2016).

más que desde el exterior, esto es, desde fuera de la lucha económica, desde fuera de la esfera de las relaciones entre obreros y patronos. La única esfera en que se puede encontrar estos conocimientos es la esfera de las relaciones de todas las clases y capas con el Estado y el gobierno, la esfera de las relaciones de todas las clases entre sí» (2019:177).

De esa manera, la conciencia política requiere de una mirada integral, holística, sobre las diversas dimensiones que constituyen una sociedad, sobre las relaciones claves que son constitutivas de la misma, las cuales no pueden ser vistas limitándose a un solo sector, ni a sus reivindicaciones económicas, sino desde una percepción integral que permita exponer los vínculos de explotación y dominación que rigen en la misma³.

En la formación de esta conciencia política también podemos rastrear la gravitación de las luchas por la democracia y el socialismo, ante lo cual Lenin subraya: «debemos exponer y subrayar nuestros objetivos democráticos generales ante todo el pueblo, sin ocultar ni por un instante nuestras convicciones socialistas» (2019:181). Así, sostiene que en la práctica el militante socialista tiene como tarea plantear, acentuar y resolver toda cuestión democrática general, en una dinámica donde socialismo y democracia no son pares antitéticos sino parte de un mismo proceso de transformación.

En esta línea podemos preguntarnos: ¿cuál es el grado de desarrollo general de la conciencia de clase en nuestro país? ¿cómo se dan las dinámicas de las luchas espontáneas y la construcción de una conciencia política? ¿cómo construir

acciones en los frentes de masas que no recaigan en el economismo? ¿cuál es la relación entre partido y sindicato o movimiento social que se necesita construir para generar mayores niveles de conciencia de clase? ¿cuáles son las dinámicas que atraviesan las luchas democráticas y socialistas en la actualidad?

Los métodos artesanos y los revolucionarios profesionales.

Lenin critica los métodos «artesanos» de la acción política, vinculados a la falta de articulación de los círculos, y a la ausencia de un plan sistemático de acción para un período más o menos prolongado. En esa línea, caracteriza a estos métodos primitivos de trabajo como una «enfermedad» y los relaciona a la escasez de fuerzas revolucionarias de alta calidad en un contexto de fuerte crecimiento del movimiento obrero. En ese sentido, llama a articular las organizaciones activas y sostiene la necesidad de seleccionar a los miembros que ingresen a las mismas. Para ello, identifica que la primera tarea práctica que se imponía en aquel momento era la creación de «una organización de revolucionarios capaz de dar a la lucha política energía, firmeza y continuidad» (2019:204).

En este trayecto, Lenin retoma el debate sobre las particularidades y los vínculos entre la lucha económica y la lucha política, de la cual extrae consecuencias sobre los rasgos que debe adquirir una fuerza revolucionaria. Lenin plantea:

«La lucha política de la socialdemocracia es mucho más amplia

y más compleja que la lucha económica de los obreros contra los patronos y el gobierno. Del mismo modo (y como consecuencia de ello), la organización de un partido socialdemócrata revolucionario debe ser inevitablemente de un género distinto que la organización de los obreros para la lucha económica» (2019:210-211).

Mientras que la organización de los obreros tiene que ser sindical en primer lugar, lo más extensa y menos clandestina posible, Lenin señala que en el contexto de la autocracia zarista la organización política necesaria tenía que ser una organización de revolucionarios, que tomen dicha actividad como una profesión, y que sea menos extensa y lo más clandestina posible. Todo trabajador socialdemócrata debe, dentro de lo posible, apoyar las organizaciones sindicales y participar activamente en ellas, pero «es en absoluto contrario a nuestros intereses exigir que únicamente los socialdemócratas pueden ser miembros de las uniones «gremiales», ya que esto reduciría el alcance de nuestra influencia sobre la masa» (Lenin, 2019:212).

En este punto, Lenin deja entrever que la organización de los revolucionarios en los distintos frentes de masas, estrechamente conectados entre sí, podrá no sólo cumplir con las funciones que requiere una organización sindical, sino potenciarla y orientarla en un sentido transformador. Por ello concluye que «La moraleja es simple: si comenzamos por establecer una fuerte organización de revolucionarios, podremos asegurar la estabilidad del movimiento en su conjunto, realizar, al mismo tiempo, los objetivos socialdemócratas y los

³De este modo, Lenin recoge y profundiza diversos legados fundacionales del pensamiento de Marx: la perspectiva de totalidad, la mirada relacional, la gravitación de los procesos productivos y la centralidad del conflicto en el movimiento de las sociedades (Varesi, 2018).

objetivos propiamente tradeunionistas» (2019:218) o sea, los objetivos políticos de la lucha revolucionaria y los objetivos económicos de la lucha sindical. Y de hecho, Lenin advierte que el movimiento contrario, poner el foco en la lucha económica y la organización gremial, subordinando los objetivos políticos y la organización partidaria, tendría a la larga un efecto negativo en los dos planos, ya que difícilmente se puedan superar los métodos primitivos de acción y el fraccionamiento de la acción llevaría a nuevos fracasos.

Lenin trabaja la idea de «revolucionarios profesionales», que si bien tiene particularidades ligada al contexto temporal y territorial singular en el que escribe, también permite vislumbrar algunas ideas de lo que luego será denominado como formación de cuadros integrales: es decir, de militantes que adquieren roles y capacidades de conducción y que logran dirigir la estrategia partidaria y su implementación en los distintos frentes de masas y ámbitos de la acción revolucionaria. Así, Lenin señala que la fuerza revolucionaria requiere de una organización con una dirigencia estable, que asegure la continuidad; que cuanto más extensa sea la masa que se va incorporando espontáneamente a la lucha, y en la cual se inserta, «más apremiante será la necesidad de semejante organización y más sólida tendrá que ser ésta» (2019:223).

También destaca la necesidad de un fuerte compromiso y entrega de los cuadros, al tiempo que señala que, en contextos de autocracia, debe restringirse el número para funcionar en condiciones de clandestinidad, y asimismo ampliar el número de miembros que participen en el movimiento y que puedan colaborar con él. Pero Lenin también aclara:

«la concentración de todas las funciones clandestinas en manos del número más pequeño posible de revo-

lucionarios profesionales no significa en modo alguno que estos últimos «pensarán por todos», que la muchedumbre no participará activamente en el movimiento. Al contrario, la muchedumbre hará surgir de su seno a un número cada vez mayor de revolucionarios profesionales, pues sabrá entonces que no basta que algunos estudiantes y obreros que luchan en el terreno económico se reúnan para constituir un «comité», sino que es necesario forjarse, a través de años, como revolucionarios profesionales, y «pensará» no tan sólo en los métodos primitivos de trabajo, sino precisamente en esta formación. La centralización de las funciones clandestinas de la organización no implica en manera alguna la centralización de todas las funciones del movimiento»(2019:224).

Esto permite arrojar luces al debate donde muchas veces se contrasta la visión de un partido de cuadros como contrapuesto a un partido de masas. Ya que incluso, en las condiciones más represivas como las impuestas por la autocracia zarista, Lenin visualiza un partido de cuadros insertos en la masa, articulado de forma dialéctica incluso en la clandestinidad, donde se combina centralización, con inserción, y formas democráticas que abran a la participación masiva, que es la vía para que de ésta emerjan los cuadros de dirección. En ese sentido dice:

«La centralización de las funciones más clandestinas por la organización de los revolucionarios no debilitará, sino que enriquecerá la amplitud y el contenido de la actividad de una gran cantidad de otras organizaciones destinadas al gran público, y, por consiguiente, lo menos reglamentadas y lo menos clandestinas posible: sindicatos obreros, círculos obreros instructivos y de lectura de publicaciones ilegales, círculos socialistas, círculos democrá-

ticos para todos los demás sectores de la población, etc., etc. Tales círculos, sindicatos y organizaciones son necesarios por todas partes; es preciso que sean lo más numerosos, y sus funciones, lo más variadas posible» (2019:225).

Pero Lenin aclara que para poder construir este movimiento de masas se necesitan de cuadros comprometidos con la acción política partidaria, y que estos cuadros deben ser forjados con paciencia y tenacidad, a lo largo del tiempo. Elevar el nivel artesanal de acción al nivel revolucionario requiere entonces de una política de formación de cuadros, insertos en los frentes masas, para aportar a la conducción y crear de ella nuevos cuadros, pero al mismo tiempo con una acción que trasciende el ámbito específico de militancia para cobrar una mirada integral del proyecto político y desde éste orientar una acción conjunta, con líneas unitarias que eviten la fragmentación y la dispersión de los esfuerzos cotidianos, en un proceso de acumulación. Esto implica, en términos de Lenin, organizar un trabajo amplio y unificado al mismo tiempo, siempre coordinado, de modo de aprovechar todas las fuerzas.

En esa misma línea, Lenin reflexiona acerca de la relación entre el carácter local de la acción y la dirección nacional de la misma, propone buscar un equilibrio donde lo nacional potencie la acción local, generando vínculos que aporten solidez y mayor estabilidad a la acción y agitación política. De este modo, la articulación de una organización única de revolucionarios comunistas tiene que aportar a superar la dispersión, potenciar la iniciativa, superando los métodos primitivos de lucha, a partir de la formación de cuadros, que especializándose en diversas tareas logren dar forma a una estructura de conducción, vinculando las distintas

escalas territoriales de la acción política (local, nacional, internacional) y las distintas experiencias sectoriales en un proyecto revolucionario integral.

En ese sentido, Lenin nos lleva a preguntar, en el contexto histórico y territorial donde se sitúa nuestra acción⁴, ¿qué «métodos artesanos» identificamos en la acción política y económica de la fuerza? ¿qué grado de «profesionalización» ha alcanzado la organización? ¿cómo se vincula el trabajo sectorial en el frente de masas con el trabajo político partidario? ¿qué estrategia trazar para potenciarlos? ¿qué grado de articulación tiene el trabajo militante local con el nacional e internacional?

Herramientas y estrategias para la unidad política e ideológica

Como acción para trazar la unidad ideológica y política, Lenin propone crear un periódico que llegue a toda la nación.

«Mientras no sepamos unificar nuestra influencia sobre el pueblo y sobre el gobierno por medio de la palabra impresa, no dejará de ser utópico pensar en la unificación de otras formas de influencia, más complejas, más difíciles, pero también más decisivas. Nuestro movimiento, tanto en el sentido ideológico como en el sentido práctico y organizativo, se resiente sobre todo por su dispersión, porque la inmensa mayoría de los socialdemócratas están casi totalmente absorbidos por un trabajo puramente local que limita su horizonte (...) el primer paso para eliminar estas deficiencias, para transformar los diversos movimientos locales en un solo mo-

vimiento de toda Rusia, debe ser la publicación de un periódico único para todo el país. Finalmente, necesitamos un periódico que sea indefectiblemente un órgano político» (2019:94).

La importancia política que Lenin identifica en la creación de un periódico nacional es que «El papel del periódico no se limita, sin embargo, a difundir ideas, a educar políticamente y a ganar aliados políticos. El periódico es no sólo un propagandista y un agitador colectivo, sino también un organizador colectivo» (2019:95). Lo ve cómo el principal medio en su época para educar fuertes organizaciones políticas, de modo que a partir del mismo se puedan tener las líneas rectoras para iniciar o profundizar el trabajo revolucionario en cualquier lugar del país: «La organización de un periódico político para toda Rusia —se decía en Iskra— debe ser el hilo fundamental, asíéndonos al cual podamos invariablemente desarrollar, profundizar y extender esta organización» (2019:265).

De este modo, Lenin piensa al periódico como un organizador colectivo, porque la propia producción del periódico, en un intercambio de experiencias, de materiales, de recursos, etc. iba a aportar a la unidad nacional de la organización, recogiendo los avances locales y dándoles difusión nacional, al tiempo que dichos trabajos se potenciarían por la unidad en las guías centrales y nacionales de la acción partidaria. Lenin piensa una unidad que no es rígida sino que contiene una «flexibilidad indispensable a la organización combativa socialdemócrata, es decir, la capacidad de adaptarse inmediatamente a las más variadas y rápidamente cambiantes

condiciones de lucha» (2019:268).

De este modo, Lenin no deslinda los aspectos políticos ideológicos de los aspectos organizacionales. Su propuesta de un periódico nacional no es un fin en sí mismo sino un momento de una planificación, donde se interroga acerca de qué tipo de organización es necesaria para llevar adelante las tareas de transformación de la época.

Asimismo, aquellas reflexiones pueden ser repensadas en el presente, abriendo viejas y nuevas preguntas: ¿cuál es el grado de unidad o dispersión de nuestra fuerza política tanto a nivel ideológico como en términos de acción? ¿cuál es el estado de prensa partidaria? ¿qué otras herramientas pueden aportar a la unidad política e ideológica? ¿qué medios y plataformas de comunicación pueden, en la actualidad, cumplir un rol de organizador colectivo potenciando las capacidades de propaganda y agitación? ¿qué estrategias se pueden diseñar para tal fin?

Conclusiones

Como el propio Lenin sostiene, el QH se vincula a la táctica de Iskra entre 1901 y 1902, la cual se enfocaba en la crítica contra el economismo y abogaba por la creación de una organización de revolucionarios profesionales. Podemos hallar una mirada dialéctica en la relación entre organización y contexto histórico, donde determinadas condiciones habilitan una forma particular de organización la cual, a su vez, permite radicalizar y profundizar aquel contexto. Así, la organización de revolucionarios profesionales que propugna el QH cobra sentido en un contexto donde una clase efec-

⁴ Nos referimos a la organización en la que se esté participando o aquella que sea objeto de nuestro estudio.

tivamente revolucionaria que se levantaba espontáneamente para la lucha, «Pero esta capacidad objetivamente máxima del proletariado para unirse en una clase se realiza por personas vivas, no realiza sino en determinadas formas de organización» (Lenin, 2019:78).

En el prefacio, que Lenin escribe con posterioridad, afirma que el revolucionario profesional que entonces promovía había cumplido su misión en la historia del socialismo proletario ruso, indagando el contexto del texto, donde se desarrollan los debates que atravesaban a los círculos socialdemócratas en el extranjero, y cómo dichas dinámicas empezaron a modificarse con la legalización de la actividad partidaria en 1905, dando lugar a una ampliación y articulación de la acción del Partido. Los círculos aislados habían cumplido su misión y habilitado un nuevo contexto que requería nuevas formas de organización. El objetivo era, en aquella coyuntura, acabar con la dispersión, la disgregación y la vacilación. Si bien Lenin genera una propuesta de análisis, balance, planificación e intervención para orientar los esfuerzos de las fuerzas socialistas y su

partido revolucionario en su época y territorio, las preguntas que va delineando a lo largo de su obra y diversos aspectos de su perspectiva política siguen mostrando vigor a lo largo del tiempo. No es casualidad que en sus propias conclusiones Lenin realice una periodización de la historia de la socialdemocracia, analizándola en relación al proceso nacional, y sugiera que el QH era la estrategia para dar fin a una fase de la vida orgánica de su fuerza, para ponerla a la altura de las necesidades históricas del proceso revolucionario y abrir una nueva etapa de transformaciones. Como dijera Boron (2019) en su estudio introductorio al QH, éste puede aportar sugerentes iluminaciones que faciliten enfrentar los desafíos históricos en mejores condiciones, lo cual no quiere decir que en ese libro se encuentren las respuestas a los interrogantes presentes, sino que en su lectura encontraremos valiosos elementos para construir soluciones prácticas a las demandas que nos impone el presente. Por ello, no podemos dejar de preguntarnos, ¿en qué etapa se encuentran los procesos de cambio que atravesamos? ¿cuá-

les son los alcances y límites de nuestras fuerzas? ¿qué estrategias debemos trazar para potenciarlas en relación a nuestro contexto y nuestro territorio?

Así, cada fuerza revolucionaria debe, en determinados momentos de su vida orgánica, volver a preguntarse ese «¿qué hacer?». Hay algunas claves del pensamiento de Lenin que parecen resonar de forma duradera: el desarrollo de una teoría revolucionaria para crear análisis sobre las sociedades que permitan dotar de una mejor orientación los esfuerzos militantes, la unidad partidaria, la centralización combinada con la más amplia democracia, la formación de cuadros insertos en las masas, la superación de los «métodos artesanos» en un camino de profesionalización de la fuerza política, la dialéctica enriquecedora entre la acción local y la fuerza nacional, la articulación de las acciones en los múltiples frentes y sectores superando el economismo en un proyecto integrador de carácter emancipador. Las preguntas de Lenin se reabren una y otra vez, convocando esfuerzos que son, al mismo tiempo, teóricos y prácticos.

Bibliografía

- Boron, A. (2019). «Actualidad del ¿Qué hacer?». En Lenin, V. I. *¿Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento*. Buenos Aires: Luxemburg.
- Gramsci, A. (2017). *Notas sobre Maquiavelo, la política y el Estado moderno*. Buenos Aires: EDICOL.
- Engels, F. (1875). *Verlag der Genossenschaftsbuchdruckerei (La guerra campesina en Alemania)*. Leipzig: Edición de la Editorial Cooperativa.
- Kautsky, C. (1901-1902). *Neue Zeit (Tiempos Nuevos)*, XX, I, (3), p. 79.
- Lenin, V. I. (2019). *¿Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento*. Buenos Aires: Luxemburg.
- Marx, C. (1977). *Crítica del Programa de Gotha*. Moscú: Editorial Progreso.
- Varesi, G. A. (2015). «Introducción a la perspectiva gramsciana de la hegemonía. Intelectuales, partidos y relaciones de fuerzas». Estudio introductorio de Varesi (comp.) *Hegemonía y lucha política en Gramsci. Selección de textos*. Buenos Aires: Luxemburg.
- Varesi, G. A. (2016). *Apuntes para una teoría de la hegemonía en Gramsci*. Buenos Aires: CEFMA - Bitácora Ediciones.
- Varesi, G. A. (2018). «Acumulación política y lucha de clases en América Latina y Argentina». *Cuadernos Marxistas*, (15), pp. 71-84.